

María Felicia, María del Pilar y Amelia, y un hijo, Saturnino. Este último nació en 1918, y en 1936 fue sacado de su domicilio por los milicianos y asesinado en Paracuellos del Jarama, siendo, una vez terminada la guerra, imposible encontrar su cadáver. Su hija María del Pilar es la única que vive hasta la fecha. Don Saturnino nunca se repuso de este triste suceso.

En 1905 escribió: *El Sitio de Baler. Notas y recuerdos del capitán de Infantería Saturnino Martín Cerezo*, en las que narró toda la aventura bélica de la Guerra de Filipinas con los desdichados pasajes de Cavite y la desesperada resistencia de un pequeño destacamento, en una pequeña iglesia de un pequeño pueblo donde nada se perdía, ni nada se ganaba; solamente la reseca fama de heroicidad y bravura con la que la España derrotada pensaba lavar y olvidar sus llantos y penas.

Posteriormente, en 1911, 1933 y 1946 se editaron nuevas ediciones de dicho libro; la cuarta venía precedida de un prólogo de Azorín.

En tiempo de la República es ascendido a general de Brigada, falleciendo en Madrid el día 2 de diciembre de 1945. Enterrado en el cementerio de Santa María, es llevado posteriormente al panteón militar del cementerio de La Almudena.

Después de su fallecimiento se estrenó la película «Los últimos de Filipinas», donde otra España, triste y derrotada, volvía a recordar aquellas angustias, pero que logró calar de nuevo en el alma hispana, aun con el error de no aparecer el segundo teniente y comandante del destacamento don Juan Alonso Zayas.

Don Saturnino era un hombre bondadoso, cariñoso y sencillo, poco dado a actos sociales y muy familiar. Ejemplo de su sencillez lo tenemos en la primera entrevista en Palacio con la Reina Regente. La Reina lo elogia por su comportamiento en Baler y él responde: «Majestad, solamente he cumplido con mi deber», a lo que la Reina contestó: «¡Ay! Martín... si todos hubieran cumplido con su deber».

Nuestro agradecimiento a su hija doña María del Pilar, a su nieto don Ángel Marqués Martín-Cerezo y, en general, a toda la familia por haber atendido nuestras llamadas amablemente y aportar bibliografía y material fotográfico para ilustrar este artículo.

MARCELINO CARDALLIAGUET QUIRANT
CIPRIANO PALOMINO IGLESIAS

MARTÍN GARCÍA MARTÍNEZ
«ROMANO GARCÍA»



Son muchos los recuerdos que se acumulan en nuestra memoria presididos por la figura, siempre amable y prudente, de Romano García. Recuerdos de aquel Colegio Universitario de Filosofía y Letras creado en Cáceres para que fuera cimiento de la futura Universidad de Extremadura, en la que el profesor Romano —así le conocían todos sus alumnos— impartía sus clases con el verbo sosegado y espeso de los grandes maestros del pensamiento; pues, no en vano, el profesor Romano había acumulado la singular experiencia de ser claustal de la Universidad de Managua durante varios cursos y de haber colaborado repetidas veces en la revis-

ta *Índice*, crisol del pensamiento hispano, cuando era difícil pensar en libertad y escribir sin amenaza.

Romano preside igualmente muchos recuerdos enmarcados en la Institución Cultural «El Brocense», de la que fue director y mentor intelectual. Bajaba en tranquilo paseo por Cáceres hasta el Complejo Cultural «San Francisco», siempre acompañado por algún alumno o colaborador, para consumir las tardes en silenciosa meditación o lectura bajo las bóvedas solemnes de su despacho. Desde allí fraguó el reencuentro con la *Revista de Extremadura*, renacida del olvido de casi un siglo para ser de nuevo centro y vehículo de la creación y la reflexión.

Son muchas las evocaciones que vienen hoy a sensibilizar con más dolor la desaparición de Romano García; pues para todos los cacereños, por relación o por simpatía, como alumnos o como amigos, su personalidad y su silueta profesional ha quedado grabada con caracteres indelebles.

Para los que quedamos, herederos de su amabilidad y simpatía, que fuimos compañeros y amigos en la Facultad, en la Institución, en las dos revistas que nutrió con su inagotable creatividad y dimanismo, su figura se ha incorporado al eterno patrimonio de los recuerdos urbanos y personales, pues Romano García ha trascendido para todos nosotros el triste pasaje de su muerte en primavera, para quedar tallado en la sutil materia de lo eterno.

M. C. Q.

RUTAS
Y
COMARCAS

